CANTO II.

Las almas de los patriarcas divisan al Mesías y lo saludan con cánticos solemnes. — Jesús llega á los sepulcros y arroja á Satanás del cuerpo de Samma. — Satanás vuelve á los Infiernos, reune á todos los espíritus de las tinieblas, y decreta con ellos la muerte de Jesús. — Abdiel-Abbadona, uno de los ángeles caidos, protesta contra este nuevo crímen del Infierno; pero Adramelech, uno de los príncipes de las tinieblas, lo reduce al silencio, y viene á la Tierra con Satanás. — Abbadona sale tambien del infierno. — Abrumado de remordimientos y atormentado por la idea de no hallar gracia nunca delante de Dios, á quien combatió cuando la rebelion de los ángeles, procura aniquilarse. — Sus esfuerzos son inútiles, y cae á la Tierra casi al mismo tiempo que Satanás y Adramelech llegan al monte de las Olivas.

El dia acaba de nacer dorando con sus primeras luces las copas de los cedros, que la brisa de la mañana agita dulcemente. Jesús se despierta y se levanta.

Los patriarcas reunidos sobre el pináculo del templo solar lo divisan, y Adam expresa en un cántico solemne la felicidad que le causa esta vista.

—«¡Oh dia dichoso y el más bello de todos los dias! innumerables coros de ángeles y de almas bienaventuradas te cantarán, cuando el tiempo te traiga desarrollando los anillos de su cadena. Mientras desciendes á la Tierra, el esplendor de Orion (1) te reproducirá en el Cielo, y cuando pases cerca del trono del Eterno, te precederá el *hosonna* de los

(1) Constelacion meridional.

serafines. ¡Dia inmortal, que nos muestras al Mesías en su abatimiento sobre la Tierra! Allí, allí está bajo la forma de un simple mortal; pero el Dios se revela en su soberana frente besada por las auras matinales.»

Y la dulce voz de Eva contesta al canto del primer hombre:

«¡Dichosa la madre que te dió á luz, divino Salvador, más dichosa que yo, madre del linaje humano! El número de mis hijos es infinito, pero ¡ay! todos son pecadores y mortales! Tú, María, tú no tienes más que un hijo, y es inocente y eterno. En vano, en vano te buscan mis ojos, Paraiso perdido, Paraiso tragado por las aguas del diluvio (1), ¡Belen, donde nació Jesus! sé de hoy más el Eden mio. ¡Cabaña en que corrieron sus primeras lágrimas de niño! sé la cuna de mi inocencia. Si á poco de mi falta te hubiera yo dado á luz ¡oh bendito hijo de María! habria ido contigo á presentarme á mi juez bajo el árbol de la ciencia, cuyo dulce murmurío vino á ser la tonante voz del anatema; te hubiera abrazado llorando, y hubiera dicho al Dios terrible: Mira; este me debe la vida. ¡Padre, padre mio! no más enojo ya; basta de castigo.»

Y Adam repuso:

—«Dios ha visto mis lágrimas y los serafines las han con-

(1) Klopstock hace aquí alusion á una tradicion árabe, que situa el Paraiso terrenal al pié del monte Líbano, en la vasta llanura de Sabhel, una de las más fértiles de la Siria. Segun esta misma tradicion, las aguas del diluvio desfiguraron completamente este paraiso. El pueblo que se alza en el lugar en que se supone que estaba, lleva aun el nombre de *Eden*. Su pintoresca situacion, sus huertos plantados de árboles frutales, sus corrientes de agua que serpean á través de las praderas, su atmósfera embalsamada con los olores de los cedros del Líbano, justifican su nombre. Esta deliciosa comarca está actualmente habitada por los *maronitas*, pueblo árabe que pretende sacar su nombre del sacerdote *Maron*, que vivió en el siglo IV, y cuyos discípulos convirtieron á la fe cristiana una parte de la Siria.

tado. Las miriadas de hijos, que ya he entregado á la espada de la muerte, han sido testigos del arrepentimiento de su culpable padre: hasta en el seno del reposo eterno he gemido, sin que la misericordia divina haya podido calmar mis remordimientos. Tú solo, Mediador sublime, tú solo templas mis pesares, pues me permites adorarte bajo la humilde forma que has tomado para salvarnos á todos. Consuma, pues, tu sacrificio, redime á la humanidad, santifica mi tierra natal y la tuya, y vuelve á los cielos impacientes de glorificarte en tu misericordia infinita.»

Jesús oye estas voces, como el piadoso solitario oye los suspiros y llantos de los desgraciados que dejara en el bullicio del mundo, para ir á pedir á Dios en el desierto el término de sus aflicciones.

Abismado en profundas meditaciones, el Hijo del hombre desciende del monte de las Olivas.

En la falda de este monte se eleva un grupo de palmeras, sobre las cuales los vapores de la Tierra extienden aun los diáfanos festones que reflejan la luz naciente y caen en perlas transparentes. Al pasar por debajo de estos árboles, Jesús ve á Rafael, ángel custodio de Juan, su discípulo amado, y le dice:

—«Ven, anda conmigo, invisible á las miradas de los hombres, y dime cuales han sido los pensamientos de Juan durante la noche. ¿Donde está?»

Y el serafin contesta:

—«He velado sobre él, como el primero de los escogidos, y lo he mecido en sueños sagrados. Juan te veia durmiendo, y una sonrisa más suave que la sonrisa de la Primavera, cuando vacía su canasta de bodas sobre la Tierra rejuvenecida, entreabria sus labios. Ví en otro tiempo al primer hombre y á su dulce compañera dormir su primer sueño en

el jardin del Eden, y esta bella pareja era menos bella que Juan, tu discípulo amado. En este momento está en los sepulcros, cerca de un poseso. ¡Ah! ¡cuánto sufre tu discípulo en presencia de este desgraciado, cuyos lívidos miembros se retuercen en el polvo de los muertos, y cuyos lamentos espantan hasta á los gusanos roedores, esos lúgubres reyes de los sepulcros. Lágrimas de compasion inundan el rostro de Juan, su corazon apenas puede contener su tierna piedad, y tiembla y ora. Yo no he podido permanecer insensible á su dolor, mis ojos se han humedecido, y he venido á decirte sus sufrimientos.»

El Mesías dirige á los Cielos una espléndida mirada.

—«Tiempo es ya de que me oigas, padre mio, dice: sea yo víctima del enemigo de los hombres; pero que este sacrificio aplaque al fin al Cielo y dome al Infierno.»

Nubes purpúreas llevan este pensamiento á los piés del Eterno, y Jesús se acerca á los sepulcros socavados en las húmedas y negras rocas. Un bosque sombrío oculta la entrada de estas bóvedas á la vista del transeunte, y dentro reina un crepúsculo eterno. Únicamente cuando el sol del mediodia inunda de luz á Jerusalem, algunos tímidos y pálidos rayos suelen penetrar en la sombría y helada ciudad de los muertos; pero estos rayos no llevan allí ni claridad ni calor.

Este lúgubre lugar es el que Satanás ha elegido para atormentar al infortunado Samma. Su mujer y sus dos hijos se habian apresurado á llevarle consuelos. Benoni, el más jóven de estos niños, aun inaccesible al miedo, porque desconocia el peligro, se habia precipitado en brazos de su padre, que, estremecido de alegría, lo estrechó contra su corazon y lo abrumó de caricias. Pero cuando Benoni sonreia con todo el candor angélico de su edad, Samma recayó bajo el imperio de su dominador infernal, y lanzó al gracioso

niño contra la bóveda de la roca. Su cráneo se hizo pedazos, y su alma cándida y pura huyó de su roto vaso.

Desde aquel dia funesto Samma no abandona ya el sepulcro de su hijo: á él se enlaza y adhiere fuertemente cuando Satanás lo atormenta, y en él queda extenuado y moribundo cuando le concede algunos instantes de reposo.

En uno de estos breves intervalos, el Mesías aparece á la entrada de las tumbas.

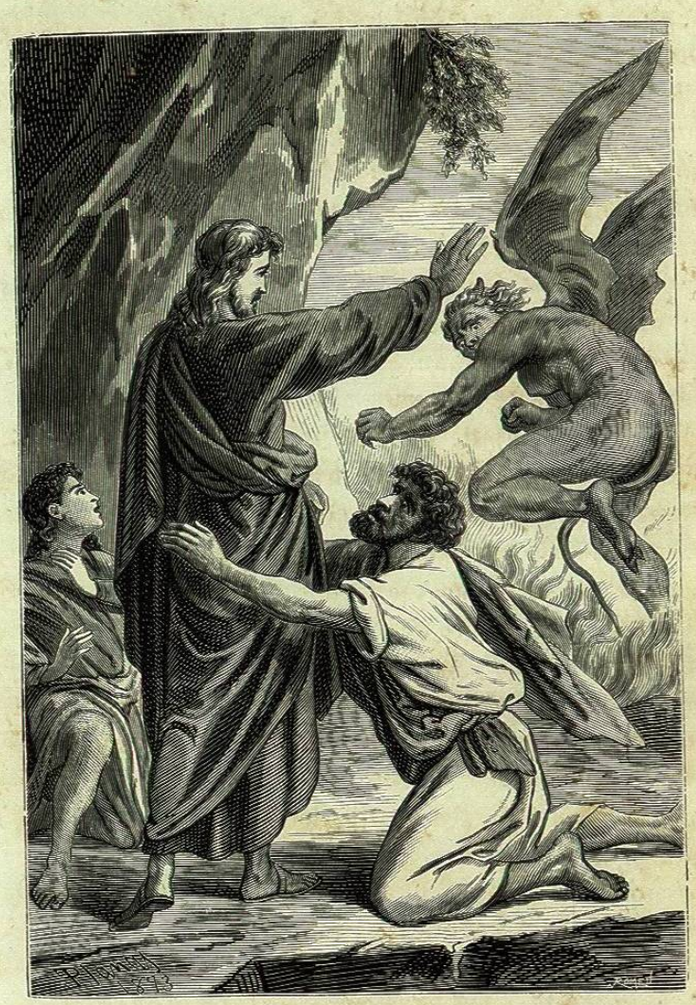
A su vista, Joel, el hijo mayor de Samma, que dirigia á Dios sus ruegos y sus lágrimas, exclama:

—«Renace á la esperanza, padre mio: el que viene hácia nosotros es Jesús de Nazareth, el profeta de los profetas.»

Al oir este nombre, Satanás se hunde más profundamente en el polvo de los muertos. No de otro modo el insensato, que negaba la existencia de Dios cuando el cielo estaba sereno, se oculta temblando en el fondo de una caverna, cuando el carro del Juez supremo recorre el universo por encima de las nubes de que por todas partes se escapan el huracan, el rayo y la muerte.

Pero reanimado de repente por el furor, el Príncipe de las tinieblas se precipita sobre Samma. El desgraciado se levanta, vuelve á caer, se retuerce, y ora suplica á su enemigo, ora invoca la misericordia de Dios.

Satanás llama á la Demencia. Y la Demencia viene, arroja al poseso una bocanada de su pestífero aliento, le sugiere locas intenciones y le presta extraordinarias fuerzas. Semejante al gato montés perseguido por el cazador, el energúmeno trepa por la pendiente vertical de las rocas, y se agarra á la bóveda que se redondea por encima de las tumbas. Satanás lo ha empujado y lo sostiene en este elevado punto, para dar al Mesías una prueba de su poder. Pero en el orgullo de su triunfo, su voluntad se debilita, deja de soste-



Jesús expulsa à Satanás que atormentaba á Samma.
(Canto II.)

nerlo, y el desgraciado Lamma cae y se quebranta contra las piedras de las tumbas.

Jesús dirige hácia él sus ojos, y bajo la influencia de esta mirada, las alucinaciones que fascinaban su razon desaparecen, y su semblante lívido vuelve á tomar las tintas de la vida; sus facciones, que no tenian nada de humano, se reaniman y se calman. Teme, sufre aun, más espera, y lágrimas de alegría inundan su semblante, porque siente que está bajo la proteccion del profeta divino.

A veces el sabio, espantado de los males que afligen á la especie humana, teme que la vida no sea un caprichoso juego del azar, y la inmortalidad un sueño. Entonces una sombría desesperacion tortura su alma, porque esta misteriosa hija del Cielo tiene horror á la nada. Pero cuando la esperanza de celestial sonrisa se pone al lado de la meditacion de frente triste y sombría; cuando acerca á sus labios, secos por la sed de una sabiduría imposible, la copa encantada en que los hombres beben copiosamente el dulce rocío, que Dios hace caer sobre la Tierra para sostener el valor de sus hijos, ¡oh! entonces la duda huye; y el sabio, seguro de su inmortalidad, vuelve á estar satisfecho de sí mismo, y adora con toda confianza á los Cielos, que velan á su razon un arcano que su corazon comprende.

Así Samma se siente renacer oyendo la voz del Mesías, que dice á Satanás:

—«Tú, que á mis propios ojos osas perseguir á los hombres, mis amados hermanos, habla: ¿quién eres?»

—«Yo soy el Rey de la Tierra, el jefe supremo de los espíritus libres y poderosos. Mi voluntad los ocupa en trabajos más nobles que los de los serafines, que gastan su inmortalidad llenando los Cielos de himnos y cantos inútiles. Tu aparicion en este globo ha despertado los ecos del Infierno, y

yo he descendido de mi trono para verte, para oirte, y para hablarte. Puedes enorgullecerte de este honor: te lo permito. Los esclavos del Cielo te han proclamado Salvador del mundo, á tí, audaz visionario, audaz y débil como todos los que te han precedido, como todos los que te seguirán y que todos me perteneceis anticipadamente.

«Heme aquí satisfecho: te he visto, te he hablado, y te he mostrado lo que hago con los hombres que llamas tus hermanos. Las cenizas y los huesos amontonados á tu alrededor te ofrecen la imágen de su inmortalidad; los gritos lamentosos de Samma te dan una idea de las celestiales alegrías que yo les preparo en mi reino.

«Vuelvo á los Infiernos. ¡La Tierra y el Océano se abismen bajo la huella de mi pié! Y si tú pudieras reconstruir este mundo que yo voy á destruir; si pudieras poblarlo por segunda vez, volveria yo de nuevo, porque él es mi imperio, y sus hijos mis esclavos.»

Dice, y se lanza hácia Samma para arrastrarlo consigo. El desgraciado da un grito de horror, tiende los brazos al Mesías; y sostenido por su poder divino, cae blandamente á sus piés.

Satanás reconoce, estremeciéndose de rabia, el poder de un señor. Y huye, y el furor y el espanto le hacen olvidarse de hundir á su paso la Tierra y los mares.

Prosternado en el polvo de las tumbas, Samma enlaza con sus trémulos brazos las rodillas de Jesús.

—«Acaba tu obra, exclama, ¡oh el más santo de los hombres! Permíteme que te siga, y que te consagre la vida que acabas de darme.»

—«Debes permanecer con los tuyos. Ven con frecuencia á este asilo de los muertos, y tus ojos, abiertos por la esperanza, verán aquí el cumplimiento de los arcanos del Eterno.»

Así habla el Mesías.

Joel ruega á Juan que lo presente á su maestro. El benévolo discípulo lo conduce á sus piés, y el corazon puro y agradecido de Joel exhala esta dulce plegaria:

—«¡Gran profeta! has prohibido á mi padre seguirte, y esto es prohibírmelo á mí tambien. Pero, ¿por qué permanecemos en medio de estos trofeos de la destruccion, cuya vista hiela mi sangre? Ven á habitar la casa de Samma. Llevándole su marido, harás la felicidad de mi desolada madre. Ella reservará para tí la leche de la mejor de nuestras ovejas, la miel más aromática de nuestras colmenas, la más sazonada fruta de nuestro huerto; y para tejer tus vestidos, escogerá la lana de los mejores corderos que triscan en nuestros prados. Y yo, yo te llevaré por las tardes bajo los árboles que mi padre plantó el dia de mi nacimiento, y allí te diré: ¡Bendito seas, gran profeta, que salvaste á mi amado padre!»

Y tendiendo los brazos hácia la sepultura de su hermano, añade sollozando:

—«¡Querido hermano mio! adios! Es preciso que te deje bajo la fria piedra que te cubre. Tus cariñosos brazos no me despertarán ya para anunciarme el nuevo dia; ya no vendrás después de ponerse el Sol á sacar conmigo de nuestra limpia fuente el agua que da á las flores marchitas por el calor del Estío su frescura de Primavera. Jesús, escogido de Dios: mi hermano Benoni ¿está para siempre sepultado entre el polvo de los muertos?»

El Mesías solo contesta con una sonrisa de misericordia y de amor, y ordena á Juan enjugar las lágrimas del sencillo adolescente, mientras él entra más adentro en los sepulcros.

Vencido por el Hijo del Eterno, Satanás atraviesa el valle

de Josafat (1), oculto en una condensacion de pestíferos vapores. Muy luego salva el mar Muerto, y se eleva por encima del monte Carmelo (2), lanzándose á las regiones celestes. Allá su iracunda mirada se cierne sobre el universo, cuya eterna armonía pretende en vano turbar. El esplendor de los astros le muestra toda su deformidad: tiene horror de sí mismo, y se rodea de una aurora boreal. Pero solamente los ángeles puros pueden velarse así á la vista de los séres creados; para él, esta brillante atmósfera es un suplicio, ante el cual se desvanece la mágia de su poder satánico. Jadeando de furor, cae sobre la orilla más escarpada, adonde las olas del infinito vienen á bañar el pié de las negras rocas que terminan el globo terrestre. Ha reconocido su dominio en la flama vacilante que despide su lúgubre claridad á través de las tinieblas del vacío. Este vacío no es, sin embargo, el Infierno, sino su camino. Para morada de condenacion, consecuencia terrible de su inmutable justicia, el Eterno no encontró lugar en los Cielos ni siquiera en la Tierra. Lejos de él, lejos de todo cuanto existe, ahondó, por espacio de tres horribles noches, esta mansion espantosa en el seno de las tinieblas eternas: después apartó para siempre de allí sus divinos ojos.

Dos ángeles heróicos guardan la entrada; y al confiarles esta penosa vigilancia, Dios los bendijo, y les dió potestad para mantener en sus límites los Infiernos, que Satanás procura extender incesantemente.

---

(1) Valle de la Palestina.

(2) Este monte, famoso en los sagrados libros, está situado en Galilea, y forma parte de la cadena del Antilibano. Durante los primeros siglos de la era cristiana, millares de religiosos vivian allí en grutas abiertas en la roca. Más tarde se cubrió de conventos y capillas, de que solo quedan hoy las ruinas. Desde la cumbre de este monte se domina, por un lado, el Mediterráneo, y por otro, la fertil provincia de Galilea.

Cerca del pórtico en que velan estos ángeles, un rayo de luz divina se eleva hácia el Empíreo. Este rayo, semejante á un rio rápido, cuyo curso no se detiene en ningun rodeo, los enlaza á todas las bellezas de la creacion, y les trae su parte de celestiales beatitudes.

Satanás sigue las sombrías orillas de este camino de fuego, llega al pórtico infernal, lo salva con iracundia, y siempre invisible, aun á los ojos de sus súbditos, va á asentarse en su trono de bronce.

Zofiel, el heraldo de los Infiernos, percibe los sombríos vapores que suben las gradas del trono, y volviéndose á uno de los espíritus de las tinieblas, le dice:

—«¿Habrá vuelto entre nosotros el jefe supremo? ¡Oh! temblemos entonces; porque es la vuelta misteriosa y terrible, anunciada mucho tiempo hace por el Destino.»

Dijo; y de repente aquel vapor se disipa, y aparece Satanás en todo el esplendor de su cólera.

Zofiel, como esclavo ágil y sumiso, se lanza al punto hácia las montañas de fuego, encargadas de anunciar la llegada del soberano, y que esta vez han olvidado su deber.

¡Musa de Sion! préstame tu voz tonante para describir el abismo que castiga, y que tú contemplas con toda serenidad, porque ves al mismo tiempo el Cielo que recompensa.

El incendio, que anuncia una fiesta á los espíritus de las tinieblas, dora la cúpula del templo del Destino, construido por Adramelech, gran sacerdote de esta divinidad inexorable.

Adramelech es un espíritu más cruel y pérfido que el mismo Satanás: lo aborrece, lo desprecia y le envidia el honor de haberle precedido en la rebelion contra el Eterno. Él concibió primero este proyecto, y si Adramelech lo secundó, no fué por fundar un trono á Satanás, sino para asegurarse á sí mismo un poder independiente. Precisado á seguir

rarse á sí mismo un poder independiente. Precisado á seguir á los ángeles caidos á la horrible sima á que los relegara la cólera de Dios, llegó el último de todos, ceñido de una brillante armadura, y llevando en la mano tablas de oro con una inscripcion en letras de fuego.

—«¡Príncipes inmortales! dijo entonces á los demonios consternados: ¿por qué temblais así? Como triunfadores, y no de otra manera, debemos hacer nuestra entrada en estos lugares, en que hemos de encontrar la independencia y la grandeza, por las cuales hemos combatido. Mientras los esclavos de Jehová os perseguian con los rayos que acababa de inventar, me deslicé yo en el santuario abandonado, donde encontré las tablas del Destino, que nos anuncian un glorioso porvenir. Me he apoderado de ellas, y hélas aquí. Escuchad, pues, lo que dice el Destino:

«Uno de los espíritus sublimes, que Jehová retiene aun en esclavitud, reconocerá un dia que es Dios. Será arrojado del Cielo con sus divinos amigos, y relegado á uno de los más horrorosos desiertos del espacio, donde no encontrará más que horror y desesperacion. Que éntre en él con valor, y en él permanezca con paciencia. Tambien su vencedor gimió y sufrió mucho tiempo en medio del caos, antes que pluguiera á mi voluntad suprema convertir aquel caos en miriadas de mundos. Una suerte semejante espera á los infiernos.

Un dia Satanás hará un universo más vasto y mas brillante que el de su rival, pues yo mismo le daré el plan de esta nueva creacion. Tal es mi voluntad, y la escribo yo, cuya mansion es el arquetipo de la perfeccion; yo, que soy el único señor del infinito, de los mundos que contiene y de los dioses que yo les he dado.»

Así habló el pérfido Adramelech, y el Infierno ni aun

tuvo el consuelo de dar fe á su impostura, porque Dios lo oyó y confundió al blasfemo.

El globo de fuego, ese sol del abismo que todas las mañanas sale del océano de la muerte y se hunde en él todas las noches, interrumpió bruscamente su curso, hizo un remolino en el espacio, y cogiendo al impostor, lo precipitó consigo en las negras aguas de su helada capa. Allí permanecieron por espacio de siete dias y siete noches: después el globo de fuego continuó serenamente su acostumbrada carrera, y Adramelech salió del océano de la muerte. Más pervertido, más audaz que nunca, construyó un palacio á la mentira, que llamó el templo del Destino, se proclamó su gran sacerdote, y colgó en él las tablas de oro que él mismo habia fabricado. A cada reunion solemne, las descuelga, las lleva consigo, y obliga á los demonios á adorarlas.

Cargado con estas tablas, de que se burlan los mismos príncipes del Infierno, Adramelech viene á sentarse junto á Satanás.

Moloch tambien ha dejado las montañas en que acumula rocas sin cesar para lanzarlas contra el Eterno, si quisiera perseguir á los ángeles rebeldes en su tenebroso imperio. Todas las mañanas, cuando el globo de fuego sale del océano de la muerte, los habitantes de los Infiernos ven al terrible Moloch sobrecargar las montañas de inmensas rocas, que al punto vuelven á caer al abismo, donde el estruendo de su caida es repetido por mil y mil roncos ecos: la noche lo encuentra aun ocupado en este trabajo inútil. Con aire amenazador viene á tomar asiento en las gradas del trono.

El silencioso y sombrío Beliel atraviesa con paso cuidadoso las riberas infernales, donde se esfuerza en vano en hacer vejetar las plantas y flores que embellecen la Tierra. El suelo maldito no produce mieses y del seno de sus bosques